

José Iñigo Aguilar Medina.

“Museo e identidad étnica”

En: **Diario de Campo.**
Museos de Etnografía.
Suplemento 5. diciembre de
1999. Concaulta-INAH
pp.27-31.

Diaria

DE CAMPO

SUPLEMENTO 5 / DICIEMBRE DE 1999

Museos de Etnografía



Yani Herreman / Johannes Neurath / Teresa Morales
Cuauhtémoc Camarena / Maya Lorena Pérez-Ruiz / Carmen Morales
Catalina Rodríguez / Íñigo Aguilar / Esther Fernández

MUSEO e IDENTIDAD ÉTNICA

Mtro. Íñigo Aguilar Medina

DEAS-INAH



Introducción

Ya que esta mesa versa sobre el papel de los museos etnográficos en los países pluriculturales, este trabajo se ocupará de analizar algunas expresiones de los diversos sectores de la sociedad oaxaqueña con respecto a la composición de las salas de etnografía del Museo Regional de Oaxaca, elaboradas en el año de 1972, y su relación con el espacio destinado a la etnografía en el nuevo museo reabierto en 1998, que ahora lleva el nombre de Museo de las Culturas de Oaxaca.

Como el interés de este momento es la sección etnográfica del museo, para los fines de esta ponencia se considera que la etnografía se ocupa del estudio y la descripción de las características de una comunidad humana, que se distingue por haber construido una identidad étnica y cultural, delimitada y diferenciada, además de dotada de una estructura sociocultural que le permite relacionarse de una manera singular con la naturaleza, con los otros conglomerados humanos y con la divinidad. En los países y regiones en donde existen diversos grupos humanos con culturas diferentes, invariablemente éstos tienden a establecer entre sí relaciones de igualdad o subordinación, regidas por el lugar jerárquico que en la escala intersocial adquiere cada etnia.

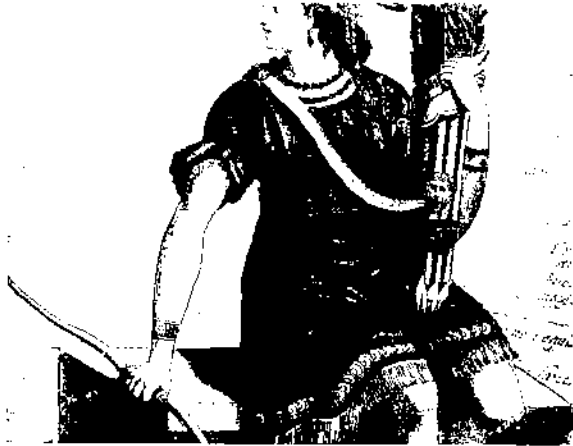
En México, de manera equivocada, se considera la existencia de solo dos grandes grupos étnicos: el dominante, conformado por los miembros de la sociedad nacional, herederos del Estado, la lengua y la cultura dejada por los conquistadores españoles, y el subordinado, constituido por la multitud de grupos que, por efectos de la conquista, están constituidos en un solo ente: los indios. Así pues, en el país existen de manera convencional

los "mexicanos", o sea nosotros, y los otros, es decir los "distintos", los indios.

Pero como el grupo dominante no es el español, sino uno nuevo que reclama para sí un origen distinto y propio que se remonta al criollismo, para identificarse y diferenciarse, este grupo se ha apropiado del pasado prehispánico de los indios y lo ha hecho suyo. Así es a la vez heredero de los indios muertos y dominador de los indios vivos, a quienes casi siempre desprecia por su supuesta "falta de progreso". En los anales de la conformación del Estado nacional y unicultural mexicano, el progreso se demuestra en la capacidad de los indios para dejar su lengua y su cultura, a efecto de integrarse a la nacionalidad mexicana, y entonces sí llegar a ser ciudadanos plenos.

Se pretende pasar de un país de grupos étnicos jerarquizados, donde la fricción caracteriza su relación, a una patria en la que todos los conglomerados culturales tengan las mismas posibilidades de desarrollo. Es decir, se busca una nación pluricultural donde el acercamiento entre sus partes se base en la igualdad y el aprecio mutuo. Sin embargo, es necesario anotar que esta transformación no siempre se da por la iniciativa del grupo dominante, y sí en cambio por la exigencia de los que ya no quieren saberse ni asumirse como inferiores, y destinados a romper con su cultura para mejorar su calidad de vida, o inclusive adquirir el reconocimiento de su condición humana.

Un territorio donde la relación entre los diversos grupos culturales esta basada en condiciones de igualdad, es un país pluricultural, pero cuando la relación es jerarquizada, siempre será de fricción interétnica. Se dice que México aspira a ser una nación pluricultural, es decir, en el discurso oficial ya no se busca uniformar la cul-



tura de todos los grupos humanos asentados en el territorio nacional. Ahora se ofrece a la generalidad de los habitantes garantías sobre el desarrollo desde su propia cultura, negándose cualquier relación que exprese una posición jerarquizada y por lo tanto discriminatoria, ajena a la dignidad de todo ser humano.

El museo

El museo etnográfico en un país pluricultural como el nuestro debe ser un espacio institucional en el que se adquieran, conserven, estudien y expongan los objetos e imágenes que den cuenta de las principales actividades del hombre y de su cultura, para propiciar así su conocimiento, incrementar su valor y reforzar la identidad étnica de sus artífices, desde una posición de igualdad, de simetría, que forje y conserve una relación pluncultural.

1972

Durante la reestructuración del Museo Regional de Oaxaca, inaugurado en diciembre de 1972, se tuvieron diferentes opiniones sobre el trabajo que realizaba.

Los representantes de los medios de comunicación local preguntaban a los especialistas sobre la importancia de las salas de etnografía: los etnólogos destacaban lo relevante de la colección de textiles, la distribución de los grupos por regiones, contraria a la agrupación tradicional de las siete regiones geográficas. Se destacaba la presentación de artefactos, utensilios, textiles y técnicas ya en desuso, con las utilizadas en la actualidad, lo cual ofrecía una visión diacrónica sobre la cultura, que además sirviera de memoria sobre los diferentes

cia de los maniqués utilizados para la exposición de la indumentaria, cuestionaban sus diferencias con los utilizados en los aparadores de las tiendas de ropa de la ciudad, por que son de color café y tienen los ojos negros y no azules o verdes, por que se había elegido el color negro para el cabello y éste era corto y lacio o largo pero trenzado, en dónde los habían fabricado y por qué razón se utilizaban así, si afectaban el goce estético de los visitantes al museo.

Por su parte, los museógrafos provenientes del Distrito Federal se preguntaban cómo era posible que los etnólogos consiguieran en el mercado de la ciudad de Oaxaca el material etnográfico necesario para completar las colecciones a exponer: que éste fuera tan abundante y variado, y que ellos no pudieran encontrarlo después de haberlo buscado durante una semana, pues querían adquirir piezas similares para su disfrute personal.

Por la parte presupuestal, el arquitecto encargado de la habilitación de los servicios sanitarios del museo comentaba que no había podido desarrollar su proyecto como hubiera querido, pues solo contó con 70 mil pesos para llevarlo a cabo, en tanto que el costo de todas las salas de etnografía tenía un importe similar.

Durante los recorridos realizados por miembros prominentes de la sociedad y del gobierno, previos a la inauguración del museo, manifestaban su satisfacción por el avance en su instalación, por la importancia de las salas de arqueología -en especial la parte que presentaría las joyas de la tumba siete de Monte Albán-, y su extrañeza por el gran espacio dado a la etnografía, en las palabras de una de ellas: "a los vestidos de las mujeres que venden en el mercado".

Los etnólogos contaron con la asesoría constante -tanto en la recolección de las piezas, como en la instalación de las salas-, de los alumnos indígenas provenientes de todas las regiones culturales del estado, estudiantes del Instituto de Investigación e Integración Social del Estado de Oaxaca, ubicado en la entonces aldea comunidad de Jesús Nazareno en el municipio de Santa Cruz Xoxocotlán. El criterio de los estudiantes siempre fue -para etnólogos y museógrafos-, decisivo en la conformación final de los materiales expuestos.

Al tiempo de realizar la recolección del material etnográfico, en la comunidad de Ayutla, Mixes, la opinión de una mujer indígena tuvo tres momentos: el primero de ellos expresado por su risa cuando el etnólogo le pidió que le vendiera el

zapato de barro que utilizaba para cocer sus frijoles, en el segundo, le respondió que si había "tomado", no se divertiría con ella tratandola de enganar, al decirle que su zapato era importante para él y para su presentación en el museo, que a nadie en la ciudad de Oaxaca se le ocurriría entrar a un lugar tan prestigioso para ver una olla producida y usada en Avutla, en el tercer momento, la mujer se asombró por lo que consideró un caso sin remedio, ya que el etnólogo le insistió en que fijara precio al zapato mismo que pagaría y que solo aceptó recibir cuando se le explicó que el dinero con el que se le remuneraría era del gobierno.

Después de la apertura del museo, los indígenas se encontraron expuestos en las salas de etnografía algunos textiles que ya no fabricaban y cuyo diseño quisieron volver a reproducir, o podían conocer el traje antiguo de novia que se usaba en su pueblo y del que cualquier persona anciana de su comunidad les había hablado. Asimismo podían conocer las costumbres y formas de vida en las diferentes regiones del estado, comentarlas y compararlas con las propias, para salir orgullosos de que los utensilios, herramientas, artefactos e imágenes que reflejaran parte de su identidad étnica se mostraran y valoraran a través de su exposición en el museo más importante de la ciudad.

1998

Algunos de los cambios ocurridos entre 1972 y 1998 en el estado y en la ciudad de Oaxaca, resultaron significativos para entender el discurso y la práctica enmarcados en las relaciones interétnicas y su relación con la trascendencia de las salas de etnografía dentro y fuera del museo.

En lo demográfico, los hablantes de las lenguas indígenas se han hecho visibles y las estadísticas registradas en los censos se han incrementado con más velocidad que los esperados por la tasa de natalidad. Así, el municipio de Oaxaca incrementó su población de habla indígena. En 1970 era del 6.4 por ciento y en 1990 aumentó hasta porcentajes al 15.1 por ciento. Es decir, creció casi dos veces y media. En tanto que la población no indígena se redujo del 93.6 al 84.0 por ciento, a ello hay que añadir que el 39 por ciento de la población del estado habla alguna lengua indígena y que el 28 por ciento de la población indígena total del país reside en el estado de Oaxaca.

De los 570 municipios que conforman el estado, 327 de ellos cuentan con población hablante de alguna lengua nativa, es decir, que al menos el 92.45 por ciento de sus municipios tienen pobla-



de población indígena, solo habla el español, pero el resto de su cultura, su inscripción comunitaria y su filiación étnica continúan siendo indaga, no obstante la importante pérdida que significa el olvido de su lengua.

En los que se refiere a la participación política de los pueblos indígenas, ahora estos pueden elegir legalmente y sus autoridades, a su vez, al método establecido por sus usos y costumbres. Es decir, tras quedaron las viejas formas de legitimación por medio del registro y elección a través del punto oficial, como lo exige la política de integración del Estado nación.

En lo educativo, los grupos étnicos pueden optar por una instrucción básica sustentada en el uso de su propia lengua materna. Aunque muchos padres de familia mantienen sus miedos por la escuela porque la consideran un lugar donde sus hijos se les enseñen el español (lengua en la que el progreso les va a ser mejor), en advertir que esta promesa resultó una promesa fallaz.

En lo urbanístico, el mercado situado en el centro de la ciudad se trasladó a la periferia, y tanto el zócalo como sus calles adyacentes cambiaron de uso. Ya no son lugares de intercambio comercial y de encuentro de la población indígena y urbana, sino la estancia de exhibición del patrimonio arquitectónico, previamente retirado hasta quedar momificado, al servicio de quienes se dedican a la industria del turismo. Es un espacio expropiado a sus habitantes que nos habla de un pasado y de un presente sin gente que lo vive y lo que parece más relevante, los indios.

Asimismo, el lugar del comercio tradicional, lo que era un mercado de venta de mercancías,



mente los espacios de exhibición y unirlos mediante una calle peatonal con el zócalo de la ciudad.

En lo cultural, el Instituto Nacional de Antropología e Historia y la Dirección General de Culturas Populares firmaron un convenio, en junio de 1994, para la formación de museos comunitarios a todo lo largo del país. A la fecha se han establecido 15 de ellos en una docena de municipios del estado de Oaxaca. En siete de ellos se tienen hablantes de mixteco y en los otros cinco sus habitantes son de lengua zapoteca. Pero también son mucho más las solicitudes presentadas que las que se han podido atender, y que con toda seguridad así se quedarán, pues el convenio termina en noviembre del 2000.

El Instituto Nacional de Antropología e Historia dejó atrás un pequeño museo regional, donde las salas de etnografía ocupaban alrededor del 30 por ciento del espacio de exhibición total, para junto con las autoridades de la ciudad y de otras instituciones patrocinantes, erigir uno de enormes dimensiones, el de las Culturas de Oaxaca, donde no obstante el espacio destinado a la etnografía se redujo a dos pequeñas salas, las que con dificultad alcanzarían a cubrir el 25 por ciento del espacio que en el antiguo museo se le destinaba. Si bien se introdujeron nuevas formas de proporcionar información, a través de videos y de cédulas manuales, no se logra ni de manera remota ofrecer a la cultura indígena viva un espacio que dé cuenta de sus características básicas y que refleje de manera cabal su importancia social. Pero además, ni siquiera están ahora representados todos los grupos étnicos que, aunque minoritarios, se sabe habitan y son parte de las culturas de Oaxaca, como es el caso de los cuicatecos, los nahuas y los zoques.



Conclusiones

En lo que respecta a la revalorización de su cultura, los indios han ganado espacios a nivel comunitario: cuentan con 15 museos locales que exponen piezas e imágenes relacionadas con la arqueología del lugar, con su historia y con varios de los aspectos considerados por ellos relevantes sobre su cultura actual, en los que por lo general se presentan algunas de sus actividades productivas, ligadas con las fiestas o con lo que estiman constituye la principal tradición de su comunidad. Su lengua materna es reconocida por el sistema escolar, por lo que ya es utilizada en la instrucción de sus nuevas generaciones y cuentan con el apoyo de libros de texto escritos en la lengua indígena de su localidad. Por último, los municipios que así lo han decidido, pueden realizar la elección de sus autoridades municipales según los usos y las costumbres establecidos por su cultura.

Pero también han perdido espacios importantes, para el censo de 1995 vuelven a ser invisibles, pues en la ciudad de Oaxaca su porcentaje se reduce del 15, que tenían en 1990, al 8 por ciento; en todo el estado pasan del 39 al 36 por ciento. El mercado del centro de la ciudad se traslada a la periferia y se transforma el uso del zócalo y de sus calles aledañas. Para 1972 era difícil para los museógrafos encontrar en ella a los indios y a lo indio, ahora resulta prácticamente imposible que cualquier visitante inexperto se encuentre con ellos. Atención especial merece la transformación de las artesanías indígenas en "folklore oaxaqueño", que como mercancía de la industria turística de la ciudad resulta ajena a la cultura india. En el museo más importante

de la capital estatal, el espacio en el que se presentaba su cultura se ha reducido, lo cual resalta aún más con el crecimiento exorbitante que tuvieron las áreas de exposición, además de que ésta es fragmentaria y elaborada con la notoria ausencia en los niveles de decisión, tanto de los etnólogos como de los indígenas, que son por supuesto los especialistas en el tema.

En el caso de las salas de etnografía en el museo del estado de Oaxaca, se puede constatar que la relación entre discurso y acción corren en sentido inverso. En los setenta el paradigma oficial propugnaba la necesidad de incorporar, integrar, asimilar a los grupos y a las culturas indígenas a la sociedad nacional, en tanto el museo daba una amplia cabida, en todos los sentidos, a los indios vivos. En los años noventa se habla de la intención de construir una nación pluricultural, en la que todos los grupos étnicos puedan desarrollarse a partir de los valores intrínsecos a su propia cultura, pero se advierte que el espacio dedicado a la etnografía es ahora notoriamente insignificante, pues las dos pequeñas salas dedicadas a las culturas de los indios vivos se pierden entre la magnitud del edificio y de la información arqueológica

e histórica; es asimismo fragmentario, pues no alcanza a dar una visión, por lo menos general, de la riqueza y variedad cultural que tienen las diferentes comunidades de la entidad, y es incompleto, pues olvida incluir a varios de los grupos étnicos de la entidad.

Si bien los indígenas han ganado espacios importantes al interior de su ámbito comunitario tradicional, es decir en su "región de refugio", también se ha dado un retroceso que apunta a una nueva relación social, que se da a nivel de la ciudad de Oaxaca, del estado y de la nación. Al tiempo de que en todos los foros se habla de construir un país pluricultural, se cierran los espacios en los que éste se puede construir y manifestar, se relega y a los indios se les excluye dentro de la vida urbana, se les minimiza en el recuento censal y se les trata con discriminación al quitarles importancia en la presentación de las salas etnográficas del tan etnocéntricamente llamado Museo de las Culturas de Oaxaca. Así, ya no se tiene etnografía en el principal museo de la entidad que alberga a una cuarta parte de la población indígena del país, y porque así somos, tampoco tendremos el país pluricultural que anhelamos.

